

Metáforas del tiempo

Se acercan los truenos de un diluvio,
con gruesas campanadas de oro que centellean entre negras nubes.
Una aterradora visión derrumba las columnas del cielo,
mientras toneladas de agua se descargan sobre la tierra.

Estallan truenos en mi cabeza y los devoradores de almas se levantan,
Como esqueletos insaciables suben al cielo,
escupiendo ácidos que llenan de hedores y muerte el firmamento.

Mientras brilla el sonido de los grillos,
y sus códigos acústicos explican modos de sobrevivencia.
Diluvios de garras rasgan la luna,
son demonios que vociferan elevando dentelladas de fuego.

El signo de los tiempos aparece ante nuestros ojos,
para revelarnos que el oscurantismo medieval era apenas un aviso de la oscuridad que nos amenazaba.

Se ha entronizado un reino de sombras sin retorno.
Pues en nuestros tiempo la destrucción de la diversidad cultural y biológica,
pretende ser ocultada tras la máscara de una efímera tecnocracia consumista.
Que como una prostituta ataviada con frías luces de neón y pantallas de plasma,
vomitan sobre nosotros millares de quimeras insostenibles.

En cambio, las piedras preciosas que oculta la tierra, son gotas de sangre del creador.
Quien domina el idioma del agua arrastrando pájaros y luciérnagas tras de sí,

En el corazón de la madera guarda su resonancia como aromas acústicos.

Vive en paisajes luminosos que recogen el tránsito de los siglos,
Abre uno de sus ojos y el sol descarga su espíritu en nuestras retinas.

Habla el poder y el fuego llena el cielo de flatulencias.
Algunas almas se arrodillan frente al gran espejismo,
reciben como castigo a su obediencia un perdón que narcotiza su desasosiego.

El sol en cambio, se desangra ofreciendo su esencia a los vivos.
El chamán respira su luz y vomita ríos de animales, orina oro, defeca maderas.
Pero su magia se agota en la mentira que ahoga la luz de la diversidad.

Entorno a un altar de piedra gira la vía láctea,
tres brasas de pino derraman su sangre mezclando sus chispas con las estrellas.

El brujo contempla los astros y es capaz de predecir la tormenta,
pues en la bóveda de su cabeza el trueno resuena mucho antes de formarse en las nubes.

Sólo la oscuridad y el silencio lo atormentan,
pues percibe como implacablemente clavan sus garras en todo,
excepto en el ojo de los que sobreviven.

Intenta escuchar la voz de la luz,
en los días en los que reina la muerte, y el poder apaga los sentidos.
Recuerda a los sirvientes del demonio,
Torquemada matando profetas o Diego de Landa quemando libros sagrados.

El exorcismo lo propician espíritus trasfigurados en escritura,
seres milenarios que mezclan fragmentos animales y vegetales para materializar su misterio.

Húndete en el tiempo, hasta acceder a los vencidos.
Pide el patrimonio de sus maravillas, que por razones obvias,
no pueden ser anulados por los argumentos del poder.

En el desierto de Nazca, o cultas al ojo del hombre,
las constelaciones toma forman de animales laberinto.
Estas líneas son senderos sagrados,
rutas de peregrinación para los que en ellas buscan un conexión con el misterio.

En la antigua vorágine vegetal de Galicia,
los caminos convergen en la piedra y en los remolinos dorados del barroco.
Desde tiempos inmemorables fueron altar de sacrificio.
Y sobre ellos los caminos de estrellas alumbran nuestras entrañas,
como cangrejos de nácar con la frente llena de signos indescifrables.

Pero es inevitable llegar al lugar donde se acaba la tierra,
donde las olas chocan contra el sol moribundo y yacen las calaveras de los dioses.
Ese es el lugar donde la vanidad no puede silenciar al espíritu.

Sed eterna que atormenta a algunos seres humanos,
y sólo se satisface en la contemplación del misterio.

Sed que es avivada por la figura de la muerte y los hace aferrarse al fulgor translúcido de la vida.
Pues cuando las tinieblas se congregan a su alrededor haciendo profunda e impenetrable su presencia.
Cualquier manifestación de la existencia es deslumbrante por contraste.

Las flores se abren como una manifestación incandescente del alma vegetal,
siguiendo las directrices de una inscripción que el misterio insondable grabó en ellas durante siglos.
Cortan el invierno como puñales multicolores y la muerte es vencida una vez más.

Cuando se apaga el sol y las sombras entronizan su reino, se avivan los destellos del espíritu.
Despierta la serpiente sagrada que asciende a los cielos cubierta de estrellas,
devorando los ojos de los felinos que centellean en las sombras.
Su piel Chispea cuando roza las negras nubes,
arrastrando tras de sí los remolinos que se agitan en el abismo.
Y el tiempo sagrado transcurre al ritmo que marca la conciencia que lo contempla.

Me toca ver un cielo y una tierra agotada,
porque el primer cielo y la primera tierra han desaparecido.

Me atormenta la oscuridad fuera de mis ojos,
mi alma intenta arrojar formas fluorescentes,
formas de calor infinito que contrasten en el abismo.

Sólo la herencia luminosa de los siglos,
evita que las tinieblas tomen el control absoluto.

Son los irrefutables argumentos de los muertos,
los que frenan la insaciable ambición del materialismo.
La capacidad de trascender que tienen las manifestaciones estéticas antiguas,
nos expresan una espiritualidad que no puede ser derrotada por el tiempo.
Esa fascinación luminosa que inspiran en nuestra alma,
es lo que pone freno al implacable avance de las sombras.

Vanitas mundi ¿Ubi sunt?
La muerte devora todo, excepto al espíritu.

Implacable globalizadora de las vanidades,
que establece juicios inexorables y someter a los vivos a su milenar poder,
legisla imparcial e incorruptible mientras atraviesa los siglos.

Fugaz es la llama donde se consumen la ostentación de la materia,
junto al escenario virtual de los dogmas.

Sin embargo ante el espíritu como discurso ontológico,
la muerte se muestra incapaz de digerir semejante misterio.

Cuando la reflexión del ser toma forma acústica,
la muerte debe reconocer con impotencia los límites de su imperio.

Metáforas del tiempo

La atemporalidad es el espacio en el que se puede escuchar el porvenir.

Estos recintos resonantes transcriben las inscripciones del tiempo desdoblándolas como metáforas, pero es imprescindible prestar atención para poder escuchar, atender implica enfrentar el mundo como presencia pánica, pues percibirlo como una realidad limitada a nuestro ego, no cataliza las revelaciones del tiempo. El oráculo es siempre terrible, pues que utilidad tiene un oráculo de la felicidad, si embargo, sólo esos son creídos por los oidores contemporáneos, pues el oráculo útil no es aceptado y se le condena a permanecer en las sombras silenciado por el síndrome de Cassandra que afecta a la sociedad contemporánea.

Podemos escuchar como se desintegra la diversidad corroída por la magia negra que ha invertido el curso de tiempo, el cual ahora parece correr hacia atrás, hacia el pasado a una velocidad estridente, y la muerte sorprende una vez más a los incautos que ignoran que actúa a su alrededor.

Los científicos optimistas calculan que cada año desaparecen 20.000 especies, los pesimistas afirman que son alrededor de 120.000, y la dialéctica entre ellos se centra en probar cuales de sus razonamientos son acertados. Otros agotan los recursos de una humanidad explotada, en descubrir si hay vida en Marte. Pero, no sólo desaparecen criaturas únicas junto a sus sonidos, millones de estructuras fonéticas se extinguen cada día con la muerte de muchos idiomas, y el patrimonio musical de muchos pueblos junto a sus instrumentos musicales también desaparece, sometido a la desidia que produce el consumismo primitivo en el humor del espíritu.

Este hecho y sus consecuencias para el destino de la humanidad es evitado por un tejido político afectado por el síndrome de Cassandra. Una metáfora sonora del tiempo es un desdoblamiento acústico que proyecta estados de ánimo anacrónicos porque pertenecen al futuro, la intención al componer estas metáforas es establecer espacios oraculares que sean una proyección sonora del futuro.

El poder como algunas brujas de la edad media, desentierran los huesos de los muertos para fabricar con ellos flautas en las que ejecutan melodías con las que controlan a sus súbditos. Esta metáfora refleja la forma como las instituciones religiosas, políticas o educativas asumen el conocimiento de los ancestros para su propio beneficio. La iglesia católica trabaja con los huesos de Cristo y otros difuntos son propiedad del poder político, científico, académico y de las instituciones del arte.

La sociedad encierra en un manicomio a sus profetas, pues sus palabras no concuerdan con sus proyectos. Artaud trituró los argumentos de la futura política cultural cuando dijo:

Propongo renunciar a ese empirismo de las imágenes que el inconsciente aporta al azar y que también lanzamos al azar llamándolo imágenes poéticas, y por lo tanto herméticas, como si esta especie de trance que aporta la poesía no tuviera eco en toda la sensibilidad, en todos los nervios, y como si la poesía fuera una fuerza vaga y que no varía sus movimientos.

Sin embargo, quienes sienten vulnerada la estabilidad de su estatus ignoran estos argumentos, confundidos por su enigmática claridad, deciden el ostracismo para la fuente del oráculo ético.

El mayor problema del mundo contemporáneo occidental es que cada día se encuentra más afectado por el síndrome de Cassandra, a pesar de que los signos del tiempo se manifiestan cada día con mayor claridad. Una especie de optimismo racional consume la intuición contemporánea, ahogándola en la convicción de que la ciencia como nueva religión salvadora, encontrará las respuestas a la crisis humana, sin percatarse de que ciertos actos humanos sobre el planeta generan un peso inercial de consecuencias irrefrenables.

Los ecologistas afirman que si cambiamos nuestros hábitos de vida el cambio climático no será una amenaza para la humanidad, pero esto a estas alturas es prácticamente imposible, pues quien le va a negar a los países subdesarrollados el derecho a ambicionar el ritmo de vida de los países ricos. Consumimos desando más de lo que necesitamos, esa es una característica grabada en la zona primitiva de nuestro cerebro, y el espacio que robamos al resto de las criaturas del planeta es directamente proporcional al crecimiento de nuestra especie. Beuys decidió fundar el partido de los animales como espacio de reflexión sobre los derechos del resto de las especies, esta idea toma cada día más sentido. Sin embargo, fue considerada por muchos como una locura inspirada por Cassandra.

Los animales ejecutan los sonidos de su misterioso origen, esos sonidos en su contrapunto permiten tejer el lenguaje litúrgico de un exorcismo, que se apropia de las energías sonoras de las estructuras orgánicas y su misterio ancestral. El fuego de la vida se sostiene en una compleja y frágil estructura, que hace palidecer cualquier otro misterio, el universo frente a ese misterio es infinitesimal, todas las sombras del abismo, la muerte y su primitiva presencia sólo existe en tanto pueda ahogar el misterio de la vida, que mientras transcurre los siglos se va haciendo más complejo e indescifrable en este combate. Y su sonido es una de las manifestaciones de esta complejidad. Es un código que nos sumerge en una cripta de resonancias reveladoras, que amplifican texturas tímbricas, multiplicando las dimensiones geométricas de los laberintos del espíritu. El sonido es como el aura de los animales, donde se manifiestan una parte de su esencia. Son mensajes de un mundo invisible que expresa su inagotable ciclo hipnótico, y

desintegra la vanidad que aletarga la presencia del ser. El trance sonoro desvanece las imágenes y las palabras del poder, cuando este confunde las resonancias de la razón cierta.

Composiciones acústicas que aturden las sofisticadas escenografías del poder. Sonidos de criaturas que inmoviliza al tiempo y al poder que homogeniza para implantar una temporalidad materialista y banal, que se apoya en un mundo uniforme, vacío de contenidos, frío, estéril y carente de diversidad. El tiempo del poder transcurre sin emociones, creando sofismas y estructuras exponenciales que pugnan por la entropía final de la humanidad, la enfrían descomponiéndola e unificándola hacia el igualitarismo de los sentidos. La sordera de la confusión instaura una materialidad estática, mientras la muerte anula la diversidad, invocada por los espectros del poder que ataviados de autoengaño agonizan dejando que la humanidad sea asfixiada por la intrascendencia.

Los lenguajes del poder invocan a la muerte, acelerando las dentelladas de su furia, mientras nos sumerge en el río del olvido que nace en el tenebroso reino del silencio. El lento tránsito de esta agua descompuestas van erosionando la intuición humana, impidiéndole escuchar y traducir las voces del tiempo.

Revelaciones desde el silencio

Desde el silencio se invocan resonancias extáticas. Estallan fulgores acústicos que contrastan sobre la obscura presencia del silencio de la muerte.

El silencio es un punto de partida reflexivo, no se puede escapar de las revelaciones del silencio que se producen en las intensas reverberaciones del ser.

El silencio de una cámara anecóica es frío, una bóveda de piedra es igual de silencioso pero produce una especie diferente de silencio.

El color del silencio es el negro, como el abismo infinito y sus tinieblas, pero de estos lugares tan lúgubres puede surgir el sonido de una palabra, después la dialéctica de la reflexión y finalmente el sonido de todas las voces del mundo manifestando millares de reflejos acústicos.

La lucha del sonido contra las sombras es incesante, sin embargo dado el curso de la evolución es inevitable que el poder intente desintegrar la complejidad de las estructuras orgánicas mientras se alimenta.

Las culturas sometidas a su entropía durante siglos retroceden hacia el caos yendo en sentido contrario a la evolución, que a pesar de todo, fundida con el tiempo siempre ha encontrado la forma de aumentar su complejidad, mientras el caos al ser simplemente un

dogma conceptual, solo puede ser perseguido como una quimera que hace converger a la cultura entrópica en un punto muerto de estabilidad, el vórtice de la nada que pone fin a una época.

Inevitablemente las culturas se desestructuran y se van debilitando mientras otras surgen, y aunque sufren el proceso de entropía, controlan el poder político producto del peso inercial de sus muertos.

El lenguaje sonoro encripta al espíritu.

Mientras el gremio de los escuchadores afila el alcance de su conciencia acústica.

Y surgen las onomatopeyas ontológicas, que desde el más mínimo extremo del abismo y de la nada hacen resonar los huesos bajo tierra.

Crujen las estructuras orgánicas bajo el peso de las mandíbulas del poder. Es el ruido del mundo que cataliza los oráculos.

El enemigo utiliza el sonido de todos los arquetipos conformando una red que ata las conciencias a su voluntad. La mierda del diablo corrompe las raíces del árbol de las ánimas.

Fosforecen las dolencias psíquicas como espejismos que limitan el alcance de nuestra intuición. Es como si la muerte nos narcotizara, borrando nuestra sensibilidad y sensorialidad más aguda, le resulta fácil a la muerte anular esas capacidades humanas, pues ellas nos revelan el rostro doloroso del mundo, aquel que nos fuerza a asumir una posición ética.

Pero no es suficiente reflexionar sobre el mundo y sus pesadillas, el exorcismo sonoro debe ser capaz de despertar o inspirar en el hombre una salida.

Las elucubraciones del tiempo nacen del silencio, proyectando sus resonancias inagotables que antagonizan con el caos y amplían los espacios extáticos de la conciencia.

Se descargan los rayos de la tormenta bajo el esférico edificio de la noche.

Los laberintos donde somos encerrados, se complican en las esquizofrenias del poder, cuya mente actúa bajo el desequilibrio neuroquímico que le produce su ambición.

Un enjambre de formas geométricas ocultan la conciencia, y la lucidez queda confundida en un entramado de imágenes, fluorescencias y sofismas propagandísticos.

Carlos Suárez Sánchez 2008. Esta obra se encuentra bajo un licencia creative commons.

Reconocimiento-no comercial.